FEUDALISMO Y MONARQUIA EN LA CONQUISTA DE AMERICA

Escribe: JUAN FRIEDE

La Edad Media se caracteriza por el sistema feudal. El ocaso del Imperio Romano y las luchas internas entre las tribus que lo siguieron provocaron a la larga la fragmentación del territorio europeo en secciones de variada extensión, regidas por señores feudales: condes, duques, marqueses, etc., quienes constituían una clase social privilegiada: la nobleza. El origen de sus títulos y prerrogativas se fundaba en la conquista y ocupación de los respectivos territorios. Fuertes en sus castillos, cada uno de estos señores estaba rodeado de una "corte" más o menos numerosa. Algunos cortesanos (los "gardingos" de España), vivían en el castillo junto al señor; otros ("fidelis regis") en el campo, pues habiendo jurado fidelidad a un señor, recibían de él tierras y mercedes. Había además caballeros andantes ("bucelarios"), quienes no recibían tierras, pero sí armas, alojamiento, comida, a cambio de prestar servicios militares en la defensa del feudo y en las guerras.

La nobleza ejercía la jurisdicción civil y penal sobre los habitantes de sus feudos y les imponía tributos, pechos, tasas, y otros servicios y obligaciones. Guerreaban entre sí a fin de acrecentar sus posiciones y provechos. Mediante la fuerza o por convenios, los débiles se sometían a los más poderosos, originándose con el tiempo una jerarquía dentro de la propia nobleza. Pero frente al pueblo, a la masa (campesinos libertos, siervos de la gleba, artesanos en los villorrios y pequeños mercaderes), la nobleza ejercía una potestad prácticamente ilimitada, de acuerdo con las leyes consuetudinarias, locales más que generales. Generalmente, en los comienzos del feudalismo, los nobles elegían entre ellos al rey; luego prevaleció el principio hereditario. Con todo, durante la Edad Media y aún bien entrada la época del Renacimiento, el rey era uno más entre los señores feudales, no siempre el más poderoso, ni política ni económicamente.

Mientras imperó el orden feudal, no existía el concepto de "nación", propiamente dicho. Es cierto que ya bajo la dominación romana y en los tiempos que siguieron a su derrumbamiento, se formaron grupos sedentarios, más o menos numerosos que desarrollaron dentro de un marco geográfico limitado, su idioma o dialecto, sus costumbres, sus tradiciones y otras manifestaciones culturales, generalmente de acuerdo con su origen étnico: iberos, visigodos, francos, celtas, etc. La conciencia de pertenecer

a un grupo determinado, diferente del de las comarcas vecinas, no podía faltar en la Edad Media. Pero la estructura de la sociedad feudal, movida por los intereses personales y divergentes de los miembros de la nobleza, no se fundaba en la idea de pertenecer a un grupo humano definido, ni existía un ordenamiento jurídico uniforme que abarcara a una "nacionalidad", por más que la reyecía, teóricamente reuniera bajo su cetro cierto número de señores feudales. El feudalismo no fue propicio para que se estructurase una unidad política y cultural, ni para que surgiese en un territorio determinado una conciencia de unidad y uniformidad que incluyese a señores y siervos y que emprendiese acciones "nacionales", es decir, aprovechables por toda la nación. El único vínculo espiritual que unía a la Europa Medieval fue el Cristianismo, que a veces permitía coordinar la acción de los señores contra el enemigo común: hunos, moros, turcos, etc.; o incitaba a empresas de conjunto, como en el caso de las Cruzadas.

Varias son las causas económicas y políticas que, con el correr del tiempo, contribuyeron a que el régimen feudal cediese su puesto a una nueva estructura social que él mismo había engendrado. El formidable desarrollo de la economía europea que marcó los primeros siglos del presente milenio; el fortalecimiento de una nueva clase social: la burguesía; las invasiones de los pueblos extra-europeos que exigían una mancomunidad de acción; las contiendas interinas entre los varios señores, las que ocasionaron la concentración del poder en manos de unas pocas familias; la política matrimonial que tendía a concentrar vastos dominios en manos de un heredero, y otros muchos factores que sería largo enumerar, tuvieron como consecuencia la aparición de una autoridad central efectiva, depositada en manos de una casa reinante; proceso que, de acuerdo con las circunstancias y el juego de las fuerzas sociales, fue de mayor o menor duración y violencia y se prolongó en algunos casos (Italia o Alemania por ejemplo) hasta bien entrado el siglo XIX. Huelga decir que las naturales condiciones geográficas, la mancomunidad de intereses económicos y el predominio de un determinado elemento étnico, fueron factores preponderantes en la formación de las monarquías nacionales.

El rey, investido del poder central, representa ya los intereses de una "nación", por más que estos, al principio, se confundan con los de la casa reinante. Asume el papel de jefe del Estado y rige la nación mediante un ordenamiento jurídico uniforme. Las leyes que expide obligan a todos sus súbditos, inclusive a la aristocracia. De ella recibe pleito-homenaje, confirma o revoca sus privilegios u otorga nuevos. Es supremo árbitro político y judicial. Y aunque la efectividad de su poder depende de las fuerzas sociales que mueven la comunidad, la monarquía nacional representativa evidencia un progreso frente al feudalismo, por cuanto constituye el último eslabón en la evolución hacia la unificación de los distintos feudos en un solo cuerpo; evolución natural cuyos comienzos datan del mismo Medioevo.

A la nueva estructura política y social, que se perfila en un estado autoritario regido por un monarca, se opone la antigua nobleza, celosa de sus prerrogativas y privilegios. Una lucha sórdida, abierta o solapada, es durante algunos siglos la condición natural de las relaciones entre la reyecía y la nobleza. En esta brega, el monarca está respaldado por aquellas capas sociales interesadas en la integración de los reinos y señoríos en una unidad

política y jurisdiccional: la industria, que busca un horizonte más extenso para colocar sus productos; el comercio, que trata de ensanchar su radio de acción; el campesinato y el artesanado que desean librarse de los ingentes gravámenes impuestos por los señores; la iglesia, que anhela independizarse del engorroso engranaje feudal; la pequeña nobleza que aspirara a independizarse de la sujeción a los "Grandes"; y, por fin, la clase intelectual progresista, la "inteligencia", surgida a consecuencia del formidable avance de las ciencias y artes, que ambiciona un escenario más amplio para el ejercicio de sus actividades intelectuales. Todos piden mayor seguridad en el campo, mejor atención a las vías de comunicación, la intensificación del intercambio comercial y cultural y la protección contra las arbitrariedades de la casta feudal, mediante la imposición de una legislación justa y uniforme. En el nuevo sistema político ven lógicamente mayores garantías para sus intereses.

En el desarrollo de esta lucha, pierde la nobleza sus antiguos privilegios políticos y jurisdiccionales y se convierte con mayor o menor rapidez en cortesana. Conserva en muchos casos sus títulos y tierras y ciertas prerrogativas palaciegas; pero ha caducado su papel como fuerza social independiente. Los nobles proporcionan al rey consejeros, caudillos para sus aventuras militares, o constituyen su guardia personal; pero poco a poco se ven comprometidas incluso estas actuaciones. El rey comienza a rodearse de gentes de otras esferas sociales: burguesía, intelectualidad laica y eclesiástica y, a veces, incluso de clases más humildes. Frecuentemente otorga mercedes y nuevos títulos de nobleza a quienes lo acompañan en el gobierno o a los que le rinden connotados servicios. Con esto crea una "nueva nobleza" incondicionalmente adicta al trono, la cual constituye un contrapeso al poder de la "antigua" y de sus aspiraciones. Pero ni esta ni aquella, ambas carentes de prerrogativas esenciales, forman una fuerza social independiente, como es en el caso de la nobleza feudal. El proceso es inverso: cada vez más dependen los nobles de la reyecía, la cual los protege contra aquellas fuerzas sociales que desencadenó el eclipse del orden feudal. De manera que aunque acostumbramos llamar "feudal" al estado de cosas en que subsisten grandes propiedades territoriales y privilegios que detentan sus propietarios, —en detrimento de los intereses de la nación—, este "feudalismo" no debe confundirse con el orden feudal imperante en la Edad Media.

La nueva sociedad, dirigida por una autoridad central, aunque está generalmente limitada por estamentos representativos de los diversos grupos sociales —las Cortes—, ejerce un mando uniforme y es capaz, esta sí, de emprender acciones "nacionales", es decir, acciones que involucran los intereses del Estado, por más que el provecho de estas acciones y su reparto entre los distintos componentes de la comunidad, dependa de la hegemonía de uno u otro grupo social. Y una de las primeras acciones "nacionales" de la España moderna, estructurada ya como nación bajo los cetros de Castilla y Aragón, fue precisamente la conquista y colonización de América.

La nobleza española no tomó parte en la empresa americana, por más que algunos, muy pocos por cierto, y algunos miembros de la baja nobleza, la "nueva", participaron en la aventura, y por más que se llamasen

a sí mismos "hijos de algo" (hidalgos), cuantos hombres pasaban a América para tomar parte en tal o cual jornada conquistadora. La invasión de los moros en el siglo VIII interrumpió la evolución y el fortalecimiento del orden feudal de España. Muchos de los nobles, los "muladies", se convirtieron al mahometismo, por conservar sus tierras; otros huyeron al norte de la península, abandonándolas. La nobleza española, aunque fortalecida durante la Reconquista, no llegó al grado de desarrollo que alcanzó en otras partes de Europa, al punto de que algunos historiadores niegan incluso la presencia del feudalismo en España. La decidida política de los Reyes Católicos, para abolir los privilegios de los nobles, logró quebrantar el poder político de los señores feudales, y el resto de su rebeldía fue barrido con posterioridad por Calos V, con ocasión del levantamiento comunero de 1525.

En la época del descubrimiento de América, la nobleza española se encontraba en plena decadencia en lo que respecta a sus prerrogativas políticas. En parte cortesana, económicamente dependiente de la Corona, en parte encerrada en sus castillos, gozando de los provechos de sus extensas propiedades rurales, sus intereses, como clase, se confundían con los de la Corona. Formaban parte de los Consejos Reales y suministraban a menudo el caudillaje de las guerras europeas. Pero no tomaron parte, ni directa ni indirectamente en la aventura americana. El rechazo del duque de Medinaceli para tomar a su cargo el primer viaje de Cristóbal Colón, es símbolo de la actitud pasiva de la nobleza española ante el "caso" de América; mientras que las modestas contribuciones económicas de algunos nobles a la financiación de viajes menores, tiene un carácter netamente comercial, sin aspiraciones territoriales o jurisdiccionales en el Nuevo Mundo.

En esta actitud de la nobleza radica la diferencia existente entre la conquista de América y las guerras de la Reconquista que fueron sí acaudilladas por los nobles. La empresa americana fue obra exclusiva de los Reyes Católicos, quienes, tras un corto y fallido intento de explotarla como empresa particular, la entregaron al pueblo. Fue una acción eminentemente popular, la primera de su género en Europa, en la cual todos los actuantes, incluso los caudillos, pertenecían a las clases populares: burguesía, campesinado, artesanado e intelectualidad laica. Se trata de una acción que corresponde en esencia al ideal renacentista. Se basa en las dotes, energías y capacidades del individuo que explora, conquista y coloniza a América mediante su esfuerzo personal, sin importar su ascendencia social o la clase a que pertenece. El Nuevo Mundo, alejado de la autoridad central por miles de kilómetros y que exige, en virtud de condiciones peculiares, la improvisación de nuevos e inéditos principios en la relaciones sociales, constituye un campo excelente para la acción y capacidad de este hombre libre y prácticamente independiente.

Pero si la aristocracia no toma parte en la aventura americana y el feudalismo es extremadamente débil en Castilla, no por esto dejan de influir en la vida social los conceptos tradicionales fincados en la Edad Media. Es en España donde el "complejo medioeval" se muestra más persistente que en otras partes de Europa y donde irrumpe de modo violento en las relaciones sociales que se estaban forjando en América. Múltiples

son las causas: económicas, políticas y espirituales que hicieron sobrevivir el Medioevo en la España Moderna, sobre las cuales no podemos extendernos. Pero esta supervivencia desencadena sobre la historia de América elementos de exaltación, contradicción y zozobra.

El colono americano conquista y coloniza a América por sus propios recursos y corriendo serios riesgos personales, sin ayuda estatal de ninguna clase, pues tal ayuda en determinados casos, por demás insignificante, cesa por completo ya en los propios albores de la conquista. Se trataba de una modalidad inédita, no ensayada todavía en Europa por la cual se ensanchaba el Imperio; situación que por lo tanto necesitaba para su encauzamiento todo un arsenal de disposiciones políticas, jurídicas y administrativas nuevas. Sin embargo, la sujeción de América iba a pasos tan acelerados y tan fácil resultaba la conquista, que aquella tarea era casi imposible, y más para España, donde los conceptos tradicionales fincados en la Edad Media conservaban en muchos aspectos plena vigencia, contraponiéndose a la introducción de métodos nuevos no ensayados.

Y así tenemos que el colono, llegado a América por su "propia cuenta y minción", se ve de pronto sujeto a antiguas leyes e imposiciones, como si en el caso de la conquista de América se tratase de guerras medievales o de contiendas europeas, en las cuales la realeza sufragaba los gastos y corría no pocos riesgos. Haciendo caso omiso del carácter peculiar y novedoso de la conquista, se introducen en América impuestos medievales como el quinto real, tributo personal, alcabalas, etc.; instituciones medievales como la encomienda, paralela a la de los moros; se impone a los gobernantes el rendimiento de cuentas mediante las "residencias", cuyos precedentes están en la España musulmana; se dota a los cabildos de las ciudades americanas con prerrogativas de tipo medieval que ocasionan múltiples intervenciones en la vida económica y política de una región descubierta, etc. Si por una parte se aboga por la integración de los territorios conquistados a España —idea renacentista—, por otra, se dota a los gobernantes de ultramar de exorbitantes privilegios como antaño los tenían los caudillos de la reconquista y repoblación de España después de las victorias contra los moros; privilegios que favorecen ideas separatistas.

Los caudillos de las expediciones, ambiciosos de poder, gloria y honores, pero con mentalidad moderna en mayor o menor grado mercantilista, soñaban con feudos al estilo medieval, a los cuales se consideran acreedores, y luchan desesperadamente con la Corona que pretende cercenar sus derechos y prerrogativas, como antaño lo hiciera con la nobleza feudal. Si de acuerdo con sus "capitulaciones" con la Corona, son señores absolutos, tendrán con el tiempo que doblegarse ante las imposiciones de los cabildos, plegarse a la voluntad del "común", etc.

El pueblo, que comienza una vida nueva y se está forjando una patria en condiciones inéditas, se debate entre estas corrientes contradictorias provocadas por la falta de una política colonizadora firme y decidida. Está imbuído por la convicción medieval de que la conquista es una guerra contra los infieles, de la cual deriva el derecho de esclavizarlos y de arovecharse de ellos como también de sus bienes y tierras. Pero se ve

enfrentado con la corriente moderna que insiste en los "derechos naturales" del indio, como persona libre aunque sujeto a la Corona. En las jornadas conquistadoras se exige una ciega obediencia a los caudillos, como si a los participantes se les diese soldada u otras garantías, tal como sucedía en las guerras europeas; exigencia que choca con su condición de hombres que sufragan personalmente sus gastos y corren con los eventuales riesgos de las jornadas. Se les impone el acatamiento a las autoridades enviadas desde España, pero se les reserva el antiguo derecho medieval de invocar la protección directa y paternal del rey, contra estas mismas autoridades, así como antaño los pueblos se quejaban de sus señores feudales, etc.

Todo esto hace de América una especie de "laboratorio" en el cual los nuevos y los viejos conceptos se entremezclan, coexisten, se combaten o se confunden; circunstancia que imprime a la conquista y a la primera fase de la colonización un gran desasosiego, exaltación y violencia, suscitándose problemas de difícil solución, tanto de aquellos que se producen entre los colonos y la Corona, como entre los mismos colonos y también con la población indígena, su víctima. Se suceden serios conflictos y sangrientas rebeliones, cuyos antecedentes y consecuencias no es capaz de redimir una vacilante, casualista y contradictoria legislación dirigida desde la lejanía, que trata en vano de encauzar las energías del pueblo por un camino uniforme y sosegado. De ahí que el siglo XVI americano se caracterice por su inseguridad y anarquía y esté pletórico de circunstancias y acciones contradictorias, que solo poco a poco y por la vía más empírica que conscientemente dirigida, desemboca en la época colonizadora, ya más tranquila y ordenada, y luego en la Independencia que reivindica los antiguos principios renacentistas que proclaman el libre desenvolvimiento del individuo, de acuerdo con sus capacidades y sus aspiraciones de gozar de los provechos que estas le proporcionan.

Bogotá, noviembre de 1962.